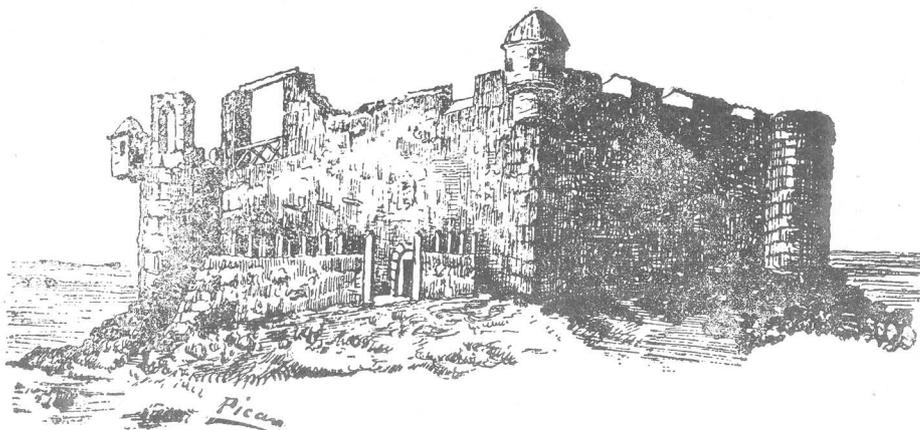


# FIESTA DE LA LUZ



# LA NAVAL

Como ha ocurrido con todas las manifestaciones de cierto sabor folklórico y costumbrista de Gran Canaria, la fiesta de La Naval que hoy se celebra es muy distinta de la que conocieron nuestros antepasados, aunque conserva varias de sus tradiciones y este año, concretamente, se le ha dado un gran impulso. Pero si fuera preciso buscar alguna razón para ello la misma estaría indudablemente implicada en el paso del tiempo y en las modificaciones que dicho paso trae consigo y que atañen a toda nuestra forma de vivir y de comportarnos. En los tiempos actuales es de todo punto impensable que puedan reproducirse escenas y situaciones como las descritas por un viejo autor canario, Rafael Ramírez, que reproducimos en estas páginas, escenas que se desarrollan en él, en otro tiempo, descampado de Las Isletas.

No obstante, y si bien es cierto eso de la irrepeticibilidad, las fiestas actuales tienen todavía un gran arraigo popular; y esto es lo que ha hecho que no desaparezca del todo, pese, incluso, al lugar geográfico donde la fiesta se celebra, poco apto ahora para algún tipo de esparcimiento. Los antiguos arenales han desaparecido bajo un bosque de cemento, cemento para vivir, para correr con el coche y hasta para matarse con él. Por puro milagro ha sobrevivido el Castillo de La Luz, casi contiguo a la Iglesia, y un pequeño parque que es donde suelen montarse las casetas de una improvisada Feria: tómbolas, cochitos, algún tenderete de vino y enyesque, etc. Diversión principalmente para los chiquillos, y al mismo tiempo un respiro despreocupado para los mayores.

La devoción a la Virgen sigue más o menos intacta entre los más viejos del barrio; la gente joven busca quizás otras manifestaciones más recoletas por donde encauzar su inquietud espiritual. Pero de todas formas asiste al jolgorio popular de la fiesta, como un homenaje a la tradición.



**S**eñá Encarnación no podía ya con sus tablas cuando llegó á la Portadilla de San José. Había venido caminando más de una legua, por mor del burro que se plantó en la cuesta de Juan Ruano. Y allí fue Troya, Palo va, palo viene pusieronle verdes las costillas lo agujonearon con encarnizamiento; nada. De vez en cuando daba algún respiro que ponía en peligro a la voluminosa vieja y alarmaba a la familia. Hubo que bajarla entre todos, y a paso de tortuga llegaron a la entrada de Las Palmas, en donde fue necesario descansar un poco y limpiarse el polvo del camino.

*!Y que no tenían las niñas poco que limpiar! Excepto las botas que se las habían quitado al salir de Jinámar para ponérselas nuevamente en la Sudiá, todo lo demás de su indumentaria venía que daba lástima. En especial, los velos de los trajes, de terciopelo obscuro, estaban perdidos. Los sacudieron haciendo una polvareda que asfixiaba, y Señá Encarnación tomo asiento breve rato.*

*-!Ay Filomena, qué seco tengo el gallillo!*

*-Más lo tengo yo, madre. Pero aquí no conosco a nadie a pedirle agua.*

*-Pues yo no puedo resestir más. Parece que me estoy agrasando; vámonos.*

# UN RELATO DE ANTAÑO, POR DON RAFAEL RAMIREZ Y DORESTE

Ordenada de nuevo la comitiva, arribó nuestra familia al Toril, sitio escogido por los del campo para comer. Los platos favoritos de aquellos suntuosos hoteles, que cocinaban en la puerta de la casa, con bracero y sartén, eran las bogas y la breca, pescados de tanta espina, que dos o tres veces estuvo Señá Encarnación dando resoplidos, para librarse de una asfixia inminente.

Arreglaron luego en una cesta pescado en escabeche, aguardiente anisado y vino; dejaron la parte de repostería para comprarla en la calle de Triana, y se pusieron en camino.

Señá Encarnación iba rodeada de todas sus hijas y provistas de monumental paraguas; las muchachas llenas de refolados y de lazos azules y rosados; los varones, de zapatos solados, con chilladeras, que se oían a un kilómetro de distancia.

Todavía no habían llegado al Puente de piedra, y les seguía ya una turba de muchachos, provistos de tiras de papel y cintas encarnadas, con un alfiler en un extremo. Poco a poco fueron deslizándose por detrás de la comitiva, y en un periquete les congaron a casi todos. Los dejaron avanzar un poco, y cuando más gente había empezaron a dar voces: *¡Rabo lleva! ¡Rabo lleva! ¡y si no se lo quitan, siempre lo lleva! ¡Rabo lleva! ¡Rabo lleva!*"

Señá Encarnación estaba insultada, y a poco más le da una apoplejía.

-¡Habrás visto estos sinvergüenzas! ¡Ya! Esta es la educación que se da en la

Sudía a todos estos mataperros.

-¡Rabolleva, rabo lleva, y si no se lo quitan siempre lo llevan!

Al oír esta segunda gritería Señá Encarnación enarboló el paraguas, pero con tan mala sombra, que al descargarlo sobre Juanillo, capataz de la cuadrilla, casi se va de narices.

Las nueve de la mañana serían cuando nuestra familia llegó a la calle de Triana.

C entenares de personas, unas a pie, otras caballeros en burros, invadían el trayecto que a la Portada conducía. Las que llevaban niños, especialmente, hacían escala en la tienda de Señá Pepita Díaz para surtirse de las indispensables tirijalas; allí encontró Señá Encarnación a su antiguo conocido mi Rey, correísta de Marzagán, rodeado de más de una docena de muchachos, cuyas caras no era posible conocer, por el barniz de las tirijalas: tiraban de ellas con desesperación, y mientras más tiraban, más largos resultaban los hilos que indefinidamente crecían sin romperse. Mi Rey era, además, gran adivinador del porvenir, y todos los chicos se agrupaban a su alrededor para hacerle preguntas alusivas a su don misterioso.

-¿Qué seré yo, mi Rey?- le preguntó uno.

-Tú serás arzobispo de Valladolid.

-¿Y yo?

-Archiduque de Austria.

-¿Y yo?- le interrogó otro con cara truhanesca.

-Tú llegarás a ser Principe de Asturias.

Los demás compañeros le miraron con respeto.

Señá Encarnación no podía contenerse.

-¿Y yo, mi Rey, qué seré?

!Tú!... tú serás siempre la misma maúra de Jinámar.

Esta frase fue recibida con gritos y silbidos penetrantes que aborchoronaron a la pobre vieja. Traspuso como alma que lleva el diablo, y vino a tomar resuello cerca ya de la Portada de Triana.

!Y qué admiración le causaba a Señá Encarnación, aquella puerta de tea que apenas podían mover dos hombres, y la muralla tan larga y a trechos tan ancha, que unía el castillo de Santa Ana con el de Mata!

Después de trasponerla, veíanse los Arenales, que empezando en los frondosos tarahales, que cubrían la casa del viejo pescador tío Marcial, terminaban en el Istmo, estrecha faja bañada por el mar a entrambos lados. Formaba la arena, en aquella extensión, caprichosas montañas y variadas figuras, en cuya parte superior dibujaba la brisa artísticos y diminutos surcos.

Los viajes al Puerto sólo podían hacerse, con cierta comodidad, por la orilla del mar. Señá Encarnación siguió también este camino en unión de su familia. Tiráronse las mantillas hacia atrás; salieron de su silencio las calladas guitarras; la botella de aguardiente anisado empezó a correr de mano en mano y de boca en boca; las cabezas fuéronse alegrando, y, excepto la vieja, andaban todos bailando, con cara a Señá Encarnación, que se le hacía la boca agua al ver la alegría de su familia. Pero lo que mas divirtió a nuestra gente, fue la picardía de unos muchachos que en la misma playa practicaron un hoyo, le pusieron cañas por encima y lo cubrieron con sebas. Pasó una vendedora que llevaba en la cabeza una

cesta con membrillos y manzanas; acertó a pisar la trampa, faltóle al cuerpo el equilibrio, y vendedora y cesta rodaron por el suelo; los muchachos, apostados detrás de unos montecillos de arena, salieron, como balas, al ver rodar los membrillos, y en un abrir y cerrar de ojos no quedó para muestra ni un membrillo ni una manzana.

Poco después dejaban atrás el castillo de Santa Catalina; luego el mesón, de donde salía un olor a sopa de mariscos que abría el apetito a las piedras; la casa de la Virgen, que parecía en aquel desierto un palacio; y llegaron por último a la iglesia, en donde se veneraba a la Virgen de la Luz, sin acompañamiento de otra imagen ni santo alguno. ¡Cuántas promesas se cumplían en aquel momento! La mayor parte consistía en llevar una vela a la Virgen o una botija de aceite, cuya entrega solía hacerse, yendo de rodillas desde la puerta del Templo hasta el altar.

Señá Encarnación visitó luego a su compadre Pancho Montenegro, el patriarca del Puerto, con casa propia en el mismo y célebre por sus obsequios. Armado de montera encarnada con vueltas blancas, pantalón corto y zapatos que el maestro Guzmán le hizo en sus tiempos de soltería, recibió a nuestra vieja con tales muestras de cariño y agasajo, que de allí no hubiera salido si el deseo de pasear a las niñas no la hubiese puesto en movimiento llevándola al Arrecife.

!Y cómo le gustaban aquellas vistas a Señá Encarnación!

De un lado, el campamento de chozas que los pescadores de Melenara establecían en cierto periodo del año. Cada familia, por numerosa que fuese, ocupa una choza que formaban con dos esteras, unidas arriba por un remo o palos, y sostenidas abajo por otros maderos. El colchón de la familia era otra estera que cubría en el suelo y que diariamente se

apaleaba. Como todos no cabían en aquellas estrechas chozas, los varones dormían a la intemperie, pero en caso de lluvias se acostaban sobre la arena con la cabeza resguardada por la choza. Pasada la Naval retirábanse al sur de la Isla y tan pronto como uno se mudaba, los demás hacían lo mismo, con intervalo de unas cuantas horas.

De otro lado encontrábase el Carnero, animado en los días de trabajo por el incesante bulir de tantos hombres, que mirados desde la Puntilla, alrededor de los pailebots y bergantines más parecían hormigas que seres racionales.

Y siguiendo con la vista hacia adelante, la playa hermosa del Arrecife, de limpia arena, abierta a la brisa, formando un amplio semicírculo, en cuyo seno duerme el mar, sin ruido y sin olas.

Después de pasear un rato por la playa, Señá Encarnación y las niñas buscaron un zoco cariñoso, y descabezaron un sueño a pierna suelta, que



las puso en condiciones de divertirse. A las tres aproximadamente y estaban otra vez en la Playa del Puerto.

Era cosa de fijarse en aquellos ventorrillos, armados con tres sábanas y cuatro cañas; dentro, oíase la voz de la vendedora, animando a la gente a que tomaran una copita, o tratando la comida de pescado y mojo, que en enormes lebrillos esperaba a los parroquianos; fuera, la voz ronca de los parrandistas, repitiendo el dejo monótono y cansado de nuestra malagueña, entre el furrungueo de las destempladas guitarras y los

gritos de los acompañantes.

En la playa, grupos numerosos de familias, sentadas, ya en el marisco, ya en la arena, desbalijaban la nutrida cesta de las provisiones; o bailaban, después de la comida, luciendo las muchachas sus pañuelos escocesis a la cabeza; o se embarcaban en botes que, después de recorrer un corto trayecto atracaban otra vez junto al marisco que frente al mesón salía.

Señá Encarnación no pudo dominar la curiosidad y se acercó al sitio del embarque. Nunca lo hubiera hecho. Primero con ruegos inútiles, luego a la fuerza, cargaron con la vieja los marineros y quieras que no, metieronla en la lancha. Chillaba Señá Encarnación con toda la fuerza de sus pulmones y garganta; -que me !regüelvo! demonios; !no me pongan aquí que me regüelvo!

Todo era en vano Señá Encarnación empezó a sentir los efectos del mareo; púsose amarilla como la cera; y cuando ya de regreso, quiso saltar a tierra por sus propios pies, el patrón, incomodado se lo prohibió. Hicieron entonces dos marineros una especie de silla, cruzando los brazos: la sentaron, y cuando Señá Encarnación venía más confiada, entro los saludos de la familia que la esperaba y de los amigos que agitaban los pañuelos, aflojan los brazos los marineros, y dejan caer al agua a Señá Encarnación, que quedó, dicho se está, como una sopa. No fué escándalo; gritaba ella, sentada en el charcón: lloraba las hijas; reñanse los yernos y con ellos todo el mundo.

!Basta decir que para regresar a la ciudad hubo que andar pidiendo ropa y esperar a que fuera bien entrada la noche por temor a las burlas de la gente!

